CAPÍTULO LXVI. *De lo que sucedió después de la prisión de Pámphilo de Narváez; y cómo fue Cortés jurado por capitán general de todo el ejército*

RENDIDO NARVÁEZ, Y NO HACIENDO más resistencia los que con él estaban, Fernando Cortés se mandó pregonar por capitán general y justicia mayor de ambos ejércitos, en nombre del rey, ordenando a todos que acudiesen a jurarle por tal, sopena de la vida; todos fueron, unos voluntariamente, otros no pudiendo hacer menos, salvo trescientos soldados que se hicieron fuertes en un aposento; a los cuales dijo Carrasco que era buena ocasión de dar sobre los de Cortés, porque los que le habían jurado estaban sin armas y los suyos andaban derramados, robando; y aunque no pareció mal el consejo, como no tenían cabeza y muchos lo querían ser, aguardaron el día y entonces acudió Christóbal de Olid a ofrecerles buen tratamiento de parte de Cortés. Los más dijeron: viva el rey y Diego Velázquez, porque como fue siempre amigo de hacer bien le amaban. Acabada la grita dijo Christóbal de Olid que harían por fuerza lo que no querían de grado; y yendo a dar cuenta a Cortés los dijo Carrasco que fuesen al fardaje de Cortés y se harían ricos y se podrían embarcar y llevar a Diego Velázquez con que pudiesen hacer otra armada; y aunque pareció bien no se acabaron de concertar; fue solo Carrasco y no halló más guarda que a Marina, la lengua y a Juan de Ortega, paje de Cortés; tomó un caballo y una lanza, volvió a la gente y dijo la ocasión que perdían. En esto hacía Cortés llevar el artillería contra los que no se querían rendir y teniendo su gente junta mandó a Mesa, el artillero, que disparase una pieza por alto; hízolo y hablólos Christóbal de Olid otra vez; respondieron: viva el rey y Diego Velázquez. Ordenó Cortés que les tirasen; mató una bala dos hombres, dispararon otra y mató a otro y con esto se pasaron algunos a Cortés, otros se defendían hasta que faltándoles la munición se rindieron. Mandó Cortés a Márquez y a Ojeda que recogiesen las armas y las escondiesen y en esto ya se hacía de día. Dos mujeres, hermanas, llamadas Beatriz y Francisca de Ordás, sabida la prisión de Narváez y la rota de su ejército, desde una ventana a grandes voces dijeron: bellacos dominicos, que más os pertenecían las ruecas que las espadas; buena cuenta habéis dado de vosotros; mal hayan las mujeres que vinieron con tales hombres; y yendo a Cortés hicieron gran reverencia y dijeron palabras más que de mujeres, loando su valor. No quedaba nadie sino Carrasco para jurar a Cortés y pareciendo en el caballo que había tomado dijo Cortés: compadre, ese caballo es mío, apeaos; dijo que no lo haría si no le daban el suyo. Replicó Cortés que le dejase luego, que el suyo se le mandaría volver; y cuanto al juramento dijo le mandase otra cosa; ordenó Cortés que le echasen un pie de amigo y con él estuvo tres días, hasta que hizo el juramento y no le ahorcó, porque le convenía sosegar aquella gente con destreza.

Habiéndose dado testimonio a Cortés de la obediencia que le habían jurado, tomó muestra a su ejército para ver los que faltaban; y viendo los de Narváez que no eran más de doscientos y sesenta y que no parecía el gran ejército de indios tlaxcaltecas que se decía y que aquéllos no llevaban más de aquellas pocas picas, sin coseletes, sin caballos, pocas cotas, lanzas, ballestas, las espadas maltratadas, se hallaron muy afrentados de que con sus albardillas, que eran los ichcahuipiles, hubiesen vencido a tantos hombres de cuenta y corridos, maldecían a Narváez que tan mal se había gobernado; cosa que puso a Cortés en gran cuidado, hasta que poco a poco, con industria, los fue ganando. Murieron solos dos de los suyos y uno hubo herido; de los de Narváez murieron once. Fue a Cortés un negro de los de Narváez, gran chocarrero y díjole muchas gracias y que cuando oyó decir cierra, cierra, creyó que era suya la victoria, y que dijo, éste es mi gallo y que se subió en un árbol y que hasta entonces había estado allí, temiendo que los enalbardados no le cazasen con las palas de horno que llevaban y esto dijo por los ichcahuipiles y por las picas largas que llevaban los soldados de Cortés. Diole una corona de oro, que valía seiscientos ducados; bailó con ella y dijo, entre otras chocarrerías: capitán, también habéis hecho la guerra y vencido con esto, como con vuestro esfuerzo; si me echáredes cadena sea de esto, que a fe que a los que las echáredes tales, no se os vayan tan presto. Llegó luego el señor de Cempoalla con muchos indios, con guirnaldas de rosas y ramilletes, pusiéronselas a Cortés y a los capitanes que conocían; diéronle el parabién de la victoria, ensalzándola mucho. Rogóle que se pasase a sus casas. Cortés le abrazó y se holgó con él y con los demás y los dio algunas cosillas de Castilla; y habiendo pintado en un lienzo lo que pasaba, a Narváez herido y aprisionado, la gente rendida, a Cortés victorioso y apoderado de la artillería, se le envió a Motecuhzuma, por consejo de Cortés y se dio aviso de la victoria a Alvarado con un castellano. La primera vez que Fernando Cortés estuvo en Cempoalla, le presentó aquel señor una mujer principal y hermosa, que se llamó doña Catalina, y otras dio a otros capitanes; en casa de ésta, porque era fuerte se alojó y ella le regalaba mucho, aunque vivía con cuidado, viendo aquella gente vencida, mal dispuesta en su ánimo y desabrida; y pensando en el medio para salir de aquel trabajo llegó el capitán Barrientos con los chinantecas bien armados, a su usanza, con los cuales holgó mucho, porque el ejército de Narváez viese cómo era obedecido en Nueva España. Determinó de mandarlos volver y dividir aquellos castellanos; ordenó que Diego de Ordás, con trescientos, se aparejase para ir a pacificar la provincia de Coatzacualco, y a Juan Velázquez de León, al río de Garay, con otra tropa; y con ocuparlos en esto, asegurarse de que ellos también recibieron con gran contento.

Habida esta victoria, ordenó Fernando Cortés a Pedro de Maluenda, mayordomo de Diego Velázquez, que recogiese toda la hacienda que era suya y de Narváez y la pusiese en recado y diole persona que le asistiese, para que no le tomasen nada los soldados. Sucedió en esto que se dijo, que yendo en el ejército de Narváez un negro con viruelas, como el lugar

de Cempoalla era muy grande y de mucha gente y las casas de los indios tan pequeñas, que vivían muy apretados, fueron las viruelas pegándose con los indios, de manera que así por no curarse, como porque usando ellos de lavarse cada día, en salud lo hacían con el mal que los abrasaba y ayudado de el calor de la tierra, cosa tan contraria para tal cura, y así murieron infinitos, no ayudando poco la falta que hacían las mujeres que por la enfermedad no podían moler el maíz y cocer el pan. Eran tantos los muertos que como no los enterraban, el hedor corrompió el aire y se temió de gran pestilencia. Este mal de las viruelas se extendió por toda Nueva España y causó increíble mortandad y era cosa notable ver a los indios que se salvaron, desfigurados en las manos y rostros, con los hoyos de las viruelas por causa de rascarse. Muchos tienen opinión que este mal no sucedió de la contagión del negro, porque afirman que de cierto en cierto tiempo esta enfermedad y otras eran ciertas y generales en las Indias y el no haber tocado a los castellanos parece que trae apariencia de razón.

En Mexico no iban las cosas con la felicidad que juzgaba Fernando Cortés, porque apenas volvió la espalda cuando empezaron los mexicanos[1] a tratar el modo de acabar con los castellanos que habían quedado en la ciudad. Los falsos sacerdotes de los ídolos, que eran los que se tenían por más injuriados, instigaban a muchos nobles a la venganza de las ofensas que decían estarse haciendo a sus dioses y a su rey, con persuasiones tan eficaces que determinaban con gran secreto vengarse de los españoles, libertar a Motecuhzuma, arrojar de el templo las imágenes de Cristo nuestro señor y de su santísima madre y quedar enteramente asegurados de la opresión que sentían.

Había quedado Pedro de Alvarado (a quien los indios llamaban Tonatiuh) por capitán y teniente de Cortés en Mexico, instruido por él (como se ha referido) y advertida la gente de lo que había de ejecutar con Motecuhzuma y los demás indios; y pasados pocos días, empezaron a notar algunos españoles que los indios no les tenían el respeto y veneración a que estaban acostumbrados antes de salir Cortés de Mexico. Comunicáronlo con Pedro de Alvarado y juntando muchas acciones, señales y otras conjeturas se persuadieron a que entre los indios había alguna novedad y todos se encargaron de el cuidado de averiguar lo que pudiesen; mandóles Alvarado estuviesen muy prevenidos para cualquier suceso, y valiéndose de algunos indios de confianza y otras personas, supo toda la trama de los indios y que tenían dispuesto dar muerte a todos los castellanos, o sacrificarlos, si pudiesen haberlos vivos a las manos; para lo cual tenían acordado pedir licencia a Alvarado para hacer una gran fiesta y alcanzándola, convidarle a ella con sus soldados, para ejecutar su mal propósito cuando estuviesen más divertidos; y no sabiendo si Motecuhzuma tenía parte en esta traición, ni queriendo participarle lo que sabía, juntó a los soldados principales y más experimentados, a los cuales comunicó lo que imaginaba para que determinasen si sería bien quejarse a Motecuhzuma, o lo que se

[1] Adv. Cervantes en la coronic. de las Ind.

había de ejecutar; convinieron todos en que se fuese dejando pasar el tiempo y se aumentase el cuidado, que de sí mismos y de la persona de Motecuhzuma tenían, hasta saber el día que señalaban para lograr su intento.

Acercábase ya el tiempo de la gran fiesta, llamada Toxcatl, que los mexicanos hacían todos los años, para celebrar la translación al templo de su ídolo Huitzilopuchtli, la cual empezaba ocho días antes de el día mayor y proseguían en ella ocho después, concurriendo tanta gente que se llenaba la ciudad; tenían dispuesto convidar a Pedro de Alvarado y a los suyos y dar sobre ellos hasta acabarlos; a cuyo efecto habían escondidos muchos géneros de armas en el templo y casas cercanas a él. Sabían sólo la conjuración los que la habían de empezar, porque los que la ignoraban fácilmente seguirían la persuasión y a el ejemplo de los indios principales y de los falsos sacerdotes.

Nada de esto se le escondía a Alvarado, porque desde que volvió de acompañar a Fernando Cortés, hasta dejarle fuera de Mexico, halló a los indios de otro semblante y procuró saber la causa, por espías y otros medios, sin darse a entender con Motecuhzuma. Y estando previniendo el modo de castigar los que causaban el motín se llegaron dos mexicanos principales a él, pidiendo licencia para celebrar la fiesta de el Toxcatl en el modo que los demás años. Alvarado la concedió con la calidad de que no habían de ponerse armas, ni sacrificar hombres a los ídolos. Ofreciéronlo así y dieron principio a ella con grandes areitos o bailes (como decimos en otra parte); y llegando el día concertado para su maldad enviaron a suplicar a Alvarado que fuese al templo con sus castellanos para engrandecer su función; y si no hubiera andado tan diligente, sin duda fuera la mayor que hubieran tenido, porque hasta indias tenían prevenidas, que cuidaban de ollas llenas de su brebaje, para cocer a los castellanos y comérselos. Dejó Alvarado su alojamiento fiado a personas de valor y les encargó el cuidado de Motecuhzuma y fue al templo con la gente que pudo, bien armada y prevenida; mandó tomar la puerta a algunos soldados, dándoles las órdenes que habían de ejecutar. Y Alvarado entró dentro con cincuenta castellanos y antes que llegase la hora que tenían señalada para ejecutar su crueldad, los mexicanos que querían descuidar a los españoles, creyendo divirtiéndolos en los bailes y ceremonias que hacían, dio sobre ellos con gran cólera y priesa y los soldados a su ejemplo. Los mexicanos, que vieron sobre sí el castigo de su maldad, quedaron turbados y atónitos de los golpes de las armas de los castellanos que como, en gente desnuda y sin defensa, hacían gran estrago. Los más avisados procuraron salvarse huyendo y quedaron muchos de ellos muertos a las puertas del templo por los soldados que las guardaban. Causaban horror sus lamentos y gritos, menos en los que interesándose en ellos, olvidados del fin principal, se arrojaron a quitar a los mexicanos, muertos y heridos, las joyas y preseas de que iban adornados a la fiesta.

Cuando juzgó Alvarado que quedaban los indios castigados y escarmentados los demás, mandó se formasen los españoles para volver al alojamiento. Reconoció la indignación de los indios (que ya habían tomado

armas en las casas vecinas al templo) en las injurias que decían y en las flechas y piedras que arrojaban furiosos contra ellos, persuadióse a que no duraría aquel movimiento popular, viéndose libre en su alojamiento. Y los soldados, contentos con la seguridad que habían logrado con la muerte de quien quería turbarla, con la presa que llevaban. Pero antes que descansasen los españoles vinieron grandes cuadrillas de indios armados, que a breve rato embistieron con tanta furia al palacio en que estaban alojados, que necesitaron todo su valor y agilidad para rechazarlos. No cesaban en disparar flechas y piedras y procurar forzar las puertas para entrar dentro. Y reconociendo los mexicanos que no adelantaban nada con la resistencia, que nunca imaginaron de tan poca gente, empezaron a minar la pared principal (sin cesar en los acometimientos, ni de disparar flechas para entretener a los españoles) hasta que dieron con ella en el suelo. Quemaron las municiones y procuraron los españoles, aunque bien fatigados de los indios, remediar el daño de la muralla y a pesar de la multitud lograron echar fuera los que habían entrado y poner reparo contra los demás. Reconocieron a este tiempo que ya tenían minado otro muro; y para que no sucediese lo mismo que en el primero, acudieron a apartar los indios de aquel sitio y habiéndolo conseguido combatían por otras partes, con tan grande ímpetu, que los españoles creyeron ser perdidos, pues aunque caían muertos infinitos mexicanos, en lugar de apartarlos, el horror los incitaba a vengarlos.

Venida la noche cesaron los combates, descansaron los españoles con guarda bien dispuesta y vigilante; pero apenas amaneció el día siguiente, cuando volvieron los mexicanos a embestir al palacio, con tan increíble tesón, que si Motecuhzuma no los hubiera mandado retirar, experimentaran el último peligro los españoles. Prosiguieron los indios en querer apoderarse del palacio, haciendo cuantos esfuerzos podían, hasta que viéndolos inútiles, todos persuadieron a los que servían a los españoles que los dejasen impidiendo a otros entrasen comida, con lo cual todo les faltaba y morían de hambre; pero hambrientos y cansados se mantuvieron contra los indios. Estuvieron los nuestros tratados con este rigor ocho días, en los cuales se ocuparon los indios en hacer una gran cava alrededor de las casas reales, para que ninguno, pública ni secretamente, pudiese entrar ni salir sin ser visto de ellos, pensando dar fin de los castellanos por este modo, ya que con armas y fuerzas no podían; y fuera así, si Dios no lo proveyera de otra manera; porque ya era llegado el tiempo del castigo de estas gentes y destierro del demonio, adorado en ídolos y la introducción de su santo evangelio estaba a las puertas llamando, ni bastaban fuerzas humanas, ni trazas de hombres a contradecir su divina palabra; y así sucedió al contrario de lo que deseaban y querían.

Este caso, como le tengo referido, pasó en esta ciudad de Mexico en ausencia de Cortés (aunque no falta quien, equivocándose, diga estaba presente) y no le cuenta Antonio de Herrera, u porque ya se había dicho por otro, porque en sus relaciones no estaba escrito y aunque se halla diferente en dos historias que tengo en mi poder, una en lengua mexicana, puesta en

estilo por un indio, que en ella refiere haberlo visto (que debía de ser mancebo cuando pasó y después de cristiano supo escribir y la escribió, como digo, con otras muchas cosas de que me he aprovechado para esta historia) y otra en mexicano y castellano, traducida por el padre fray Bernardino de Sahagún, refiriendo el destrozo y robo que padecieron los indios, sin dar más causa ni motivo que la codicia. El indio que escribió no la supo ni la averiguó y fray Bernardino le siguió, sin hacer reflexión sobre lo que trasladaba y por haber sido este castigo tan notable se mandó pintar en la sala del juzgado de los indios mexicanos (que llaman Tecpan) para escarmiento de los sucesores de los indios.

Avisó Pedro de Alvarado a Cortés del mal estado en que se hallaba, ponderándole la necesidad de socorro que tenía; y poco después llegaron los indios, despachados en Cempoalla, con la pintura de la vitoria que había alcanzado Cortés de Pámphilo de Narváez, de que Motecuhzuma no recibió pesar; pero disimuló el gusto. Los mexicanos, obstinados en su intento, daban a Alvarado y a los suyos todos los malos ratos que podían y aun a los demás españoles, pues habiendo llegado a Mexico el mensajero de Cortés a dar cuenta a Alvarado de su vitoria, le maltrataron y acosaron los indios tanto, que tuvo a maravilla volver a dar aviso acerca de lo que pasaba. Murieron en estos combates tres españoles y muchos indios.

CAPÍTULO LXVII. *De cómo le fueron nuevas a Cortés de lo que pasaba en Mexico y vino al socorro con buen ejército; y lo que ordenó en la Vera Cruz y cosas que sucedieron en el camino*

ALLÁNDOSE FERNANDO CORTÉS en la Vera Cruz, componiendo las cosas después de la vitoria, de manera que no sucediese alteración por el amor que conocía en mucha parte de aquella gente al adelantado Diego Velázquez, procedió en todo con blandura, porque la gente descontenta no entrase en alguna desesperación; y no estando muy lejos los capitanes Juan Velázquez de León y Diego de Ordás, yendo a las comisiones adonde los enviaba, llegó el castellano que había enviado de Mexico con el aviso de la vitoria que le había dado Dios contra Pámphilo de Narváez y refirió que los de Mexico estaban alterados y mostró algunas heridas que le habían dado y dijo que había escapado por milagro. Solicitaba a Cortés que fuese a socorrer a Pedro de Alvarado; decía que los indios habían quemado los cuatro bergantines que dejó acabados en Mexico; que derribaron un lienzo de la casa del alojamiento de los castellanos que con gran trabajo habían reparado; que minaron otro; que pusieron fuego a las municiones, levantaron las puentes, alzaron los mantenimientos, mataron a Peña, el querido de Motecuhzuma y con quien se holgaba mucho; que se habían defendido los castellanos y muerto muchos indios y que si algunas